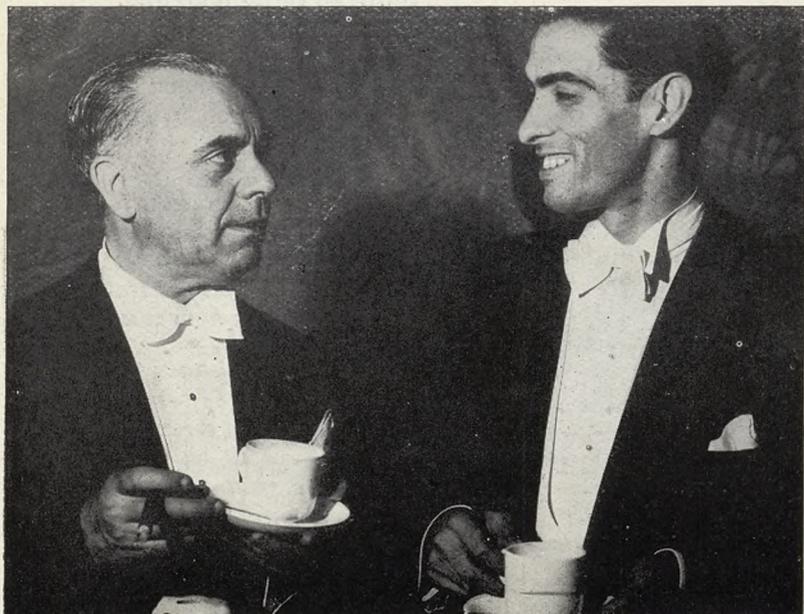


Aspecto del amplio local londinense Harringay, durante la interpretación del "Concierto" de Tschaikowsky. Al piano el gran Iturbi. Dirige el maestro Argenta.



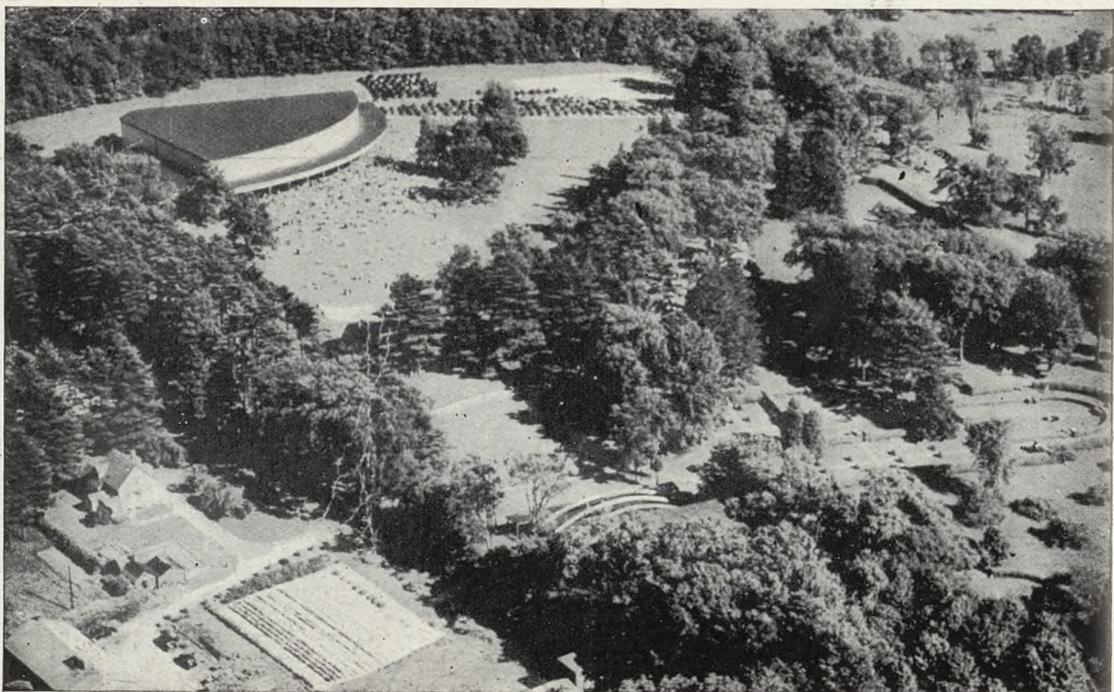
Concluido el concierto en el Harringay, de Londres, miles de aficionados desbordan sus localidades para rendir su homenaje a los músicos españoles Iturbi y Argenta.

Los maestros españoles Iturbi y Argenta comentan el éxito obtenido en Harringay, primera actuación de Argenta en Inglaterra, mientras saborean una taza de café.



LOS MUSICOS HISPANOAMERICANOS TRIUNFAN EN EL MUNDO

Vista panorámica de Parque Tanglewood, en los EE. UU. de Norteamérica, en el que actuaron, al aire libre, las principales orquestas hispanoamericanas.



INIESTA y Galve son ovacionados en Buenos Aires"; "María de los Angeles Morales, primer premio en el concurso de canto celebrado en Holanda"; "El estreno en Montevideo del *Concierto de Estío*, de Joaquín Rodrigo, constituye un éxito extraordinario"; "Los mineros de Almadén, aplaudidos en Hyde Park"; "Victoria de los Angeles, primer premio internacional de Canto en Ginebra"; "Los Grupos de Folklore de la Sección Femenina constituyen incomparable embajada del arte español"... Noticias similares aparecen, día tras día, en nuestros periódicos, que recogen, jubilosos, detalles y comentarios sobre las actuaciones felicísimas de artistas patrios ante públicos extranjeros. Es el hecho que quizás en ningún campo como el musical pueden percibirse progresos tan acusados. Estos años de paz cobijan una tarea fecunda y afortunadísima. Sin que los viejos valores se olviden, sin el menor intento de sepultar cuanto de bueno nos depara el pasado, se ofrecen oportunidades a los intérpretes y compositores jóvenes, se reconocen sus méritos y se les coloca en disposición de acreditar virtudes y calidades. Sólo así, con ese criterio justiciero, es dable contemplar cómo la primera orquesta del Estado, la que se honra con el título de "Nacional", tiene como directores titulares al venerable D. Bartolomé Pérez Casas, cuya ancianidad gloriosa no le impide esporádicas actuaciones, recibidas siempre con emoción y respeto—con tanta gratitud por las tareas del ayer como por la perfección presente—, y al maestro Ataulfo Argenta, ascendido a fuerza de facultades y entusiasmos a este puesto básico cuando su carrera de director apenas acaba de iniciarse.

En efecto, hace sólo tres años que Argenta, asistido por la fe y el cariño de una treintena de profesores madrileños, se puso por vez primera al frente de un conjunto. Esporádicas pruebas de antaño, con pequeñas orquestas de alumnos, adolescente todavía el artista, no es preciso reseñarlas. Argenta, concertista de auténtica clase, llamado a ocupar un puesto enviadable en el pianismo internacional, sintió, como tantos otros, la tentación de la batuta, el embrujo que dimana de ese palito misterioso, capaz de suscitar los más variados y arrolladores efectos. La prueba fué, más que satisfactoria, concluyente. Al concierto de presentación le sucedieron otros. Luego, un contrato en Radio Nacional, como director de su orquesta de cámara, le enfrentó con el más difícil y peligroso de los trabajos: conducir dos o tres programas semanales, renovar siempre el repertorio, abordar los más variados estilos, sin vinculaciones ni preferencias hacia campos determinados, sin cómodos regazos en los títulos familiares que, a fuerza de repetirse, conducen a la transcripción mecánica. Con ese plan, no cabían términos medios: o se demostraba la ausencia de facultades, disimulada, en el primer instante, en las obras archisabidas, o, por el contrario, quedaba indiscutible la disposición del artista para la misión directorial.

Argenta, cada día más seguro, siempre dueño de la situación, firme en su voluntad de conquista, se labró un prestigio ganado a pulso, con la recomendación exclusiva—y trascendental—de los hechos.

En no más de quince meses estaba efectuado el primer contacto con las principales sinfonías de Haydn y Mozart; con todas las de Beethoven, y las más de Schumann, Mendelsohn, Brahms y Tchaikovsky; con los esenciales fragmentos wagnerianos y los insustituibles poemas de Strauss; con los conciertos adorables de los clásicos latinos y las piruetas stravinskianas; con las obras contemporáneas de los españoles...

Luego, todo fué fácil; diríase que inevitable, normal. Argenta creó la magnífica Orquesta de Cámara de Madrid; condujo alguna vez a la Filarmónica, a las Municipales de Valencia y Barcelona, a la Nacional... Y, como lógica consecuencia de sus éxitos y de sus aciertos, el Estado le nombró director titular de su Orquesta.

En el curso último se ha vencido hasta esa reserva, tan española, de querer cerrar los ojos ante lo propio, en un deseo de no sucumbir al fácil halago de la simpatía o el sentimiento. Argenta dirigió el ciclo Brahms; demostró en diez programas de auténtica envergadura—en veinte más, con el grupo de cámara—lo que sabe y puede lograr de una entidad sinfónica. Hasta los más tibios hubieron de entregarse, luego de establecer honrosas comparaciones, incluso, con maestros extranjeros ilustres.

Algo faltaba, sin embargo: el refrendo internacional. Y ése llegó, con caracteres de apoteosis. Algo hubo de particularmente conmovedor en esa primera salida al Extranjero de un artista como pocos representativo de nuestro presente: el padrinazgo entrañable de otro intérprete español, de fama mundial. Fué José Iturbi quien propuso en Londres la actuación de Argenta, quien consiguió su contrato, y quien, luego de prestarse a tocar dirigido por él—o, lo que es lo mismo, luego de asegurarse el lleno y la expectación de los aficionados londinenses—, pudo comprobar cómo su "ojo clínico" no le había engañado, ante la ratificación ardorosa del público. Argenta se apuntó un éxito sin el mínimo lunar. Éxito ante público, orquesta y crítica; ante profanos y entendidos; reflejado en las ovaciones interminables, en las salidas multiplicadas, en las esperas, ya en la calle, para reclamar cientos de autógrafos, en los gritos frenéticos, que fundían, en una sola admiración, al pianista y al director, que lo estaban en un apretado abrazo.

Eran diez mil personas, para quienes el nombre resultaba, horas atrás, desconocido, quienes hicieron de Harringay un hervidero y de Argenta un director con ancho campo frente a sí, las que confirmaron, con su juicio objetivo, la razón de quienes vemos en el maestro a un calificado exponente de lo que España posee en el terreno artístico.

Alto, de una delgadez metafísica, afiladas las facciones, flexibles y múltiples en el gesto los brazos; dueño de un raro sentido rítmico y de un temperamento apasionado, que se rige por la más férrea y tenaz de las voluntades; sobria la expresión, siempre sumiso al estilo adecuado, al margen de alardes de mal gusto, de viciosos amaneramientos; seguro de lo que quiere y puede, con capacidad de sugestión para orquesta y oyentes, el maestro Argenta ha iniciado por las rutas del mundo su camino de conquista. La victoria de Londres, anuncio de otras que, estamos ciertos, no han de tardar, fructificará en los campos más imprevisos. Un nuevo embajador de nuestra verdad pide paso: lo tiene ya franco. No será su patria quien se lo prohíba. Porque, quiérase o no, con el nombre de Argenta, como etiqueta inseparable, figurará el cargo, que da honor, y lo recibe, en reciprocidad legítima: Director titular de la Orquesta Nacional de España.

ENTRE Boston y Nueva York, a casi igual distancia de las dos ciudades, existe un templo del arte musical, rodeado de verdes prados, árboles antiguos, jardines y lagos. Es Tanglewood, en el Estado de Massachusetts, el lugar más ideal que uno puede imaginarse.

Tanglewood es conocido también entre los melómanos por el "Hogar del Berkshire Festival", porque en él se celebran anualmente unas series de conciertos importantísimos, organizados por la "Boston Symphony Orchestra", a los que acuden millares de personas—cerca de doce mil por concierto—, llegadas de todos los Estados norteamericanos y aun de todas las partes del mundo.

El director de la gran Orquesta Sinfónica de Boston, Serge Koussevitzky, conocido en todos los meridianos del mundo musical, no quiso limitarse en Tanglewood a la sola interpretación y, así, por iniciativa suya y ayudado por sus profesores, se creó el "Berkshire Music Center", donde durante seis meses—en los meses de julio y agosto—sus alumnos "reciben consejo interpretativo y método práctico que estimule sus dotes, pula sus habilidades logradas a través de los años de estudio y ensanche sus conocimientos musicales".

Resultaría interminable hablar del "Berkshire Festival" y del "Berkshire Music Center", de sus magníficos conciertos, instalaciones, medios materiales de que disponen y personalidades que intervienen y asisten. Por eso tan sólo hemos de referirnos a cuanto ha ocurrido en el último curso en relación con los países que encabezan estas líneas, musicalmente hablando.

Aaron Copland, quizá el más destacado de los compositores norteamericanos de la hora actual, y que visitó en dos ocasiones en la América del Sur para estudiar su música, figura y obras, reflejó sus impresiones en tres conferencias, cuyos puntos más esenciales vamos a condensar.

En la primera de ellas, dijo Copland que los compositores sudamericanos tienen un indudable valor en la evolución musical del Continente, que era preciso conocer mejor. Todos estos países, según él, pasan por tres periodos evolutivos. La primera fase es la de copiar la música europea; la segunda, tomar temas folklóricos y someterlos a la idea europea, y la tercera, deshacerse por entero de influencias extrañas y com-

poner música típica del país. A Copland, el Brasil le pareció el más interesante de ellos. Dijo que sus fuentes musicales son la africana, portuguesa, india y española, aparte de su folklore propio, y sus danzas principales son la "samba", el "choro", la "modinha" y la "kumba". Poseen instrumentos variadísimos y toda clase de tambores en número inimaginable. Sus compositores dan una enorme sensación de vitalidad y son sentimentales y nostálgicos—"saudades"—, muy entusiastas y, por naturaleza, románticos. Sus nombres más descollantes: Villalobos, Lorenzo Fernández, Guerra Peixe, Mignoni, Guarneri y Claudio Santoro.

La segunda conferencia versó acerca de la música argentina, en la que Copland observó una gran influencia española, hasta tal punto que en la música sinfónica y elaborada apenas existen diferencias. En el campo popular—"tangos", "milongas", "gatos" y "vidalitas"—cuentan además las influencias gaucha y mexicana. En opinión de Copland, otros países de esta área geográfica tienen visibles contactos con la música francesa; pero la Argentina acusa tendencias más hispanistas, y Falla es el que mayor influjo ejerció en sus compositores, especialmente con sus últimos obras, y de modo notable con el "Concierto de clavecín", que gusta extraordinariamente en Buenos Aires. Sus figuras más destacadas son Alberto Williams, Julián Aguirre, Athon Palma, los tres hermanos Castro, Gianneo, Ginastera, Morillo, Carlos Paz y Pia Sebastiani.

En cuanto al Uruguay, está ligado en absoluto, musicalmente, a la Argentina, y cuenta con nombres sobresalientes, como el musicólogo Kurt Langer y los compositores Eduardo Fabini y Héctor Tosar.

En la tercera conferencia habló Copland de la música mexicana, de la cual afirmó que, a pesar de que tenía mucho de la

española y sudamericana en general, su verdadera raíz era india. Observó el conferenciante en ella un marcado sentido nacionalista y unas influencias derivadas de la España de hace cuatrocientos años, que ellos asimilaron y convirtieron en "música indianizada" en los giros del "huapango", "jarabe", "sandunga" y "corrido", sus bailes típicos. Destacó los nombres de los compositores Manuel Ponce, Carlos Chávez, Silvestre Revueltas y Blas Galindo.

Aparte de estas conferencias, cuya trascendencia divulgadora del arte musical hispanoamericano en un país donde apenas se le conoce, ha resultado innegable, un grupo de artistas de habla española y portuguesa estuvieron presentes en Tanglewood para dar testimonio de su valía al concurso mundial de espectadores que escuchó sus obras o sus interpretaciones.

Fueron ellos: Pia Sebastiani, compositora y pianista argentina; Cecilia de Majo, profesora del Conservatorio de Caracas, que colaboró en varios conciertos y figuró en uno como solista; Héctor Tosar, compositor uruguayo, del que ha dicho Copland: "A pesar de su juventud, es un compositor muy fecundo y de un gran talento". Del brasileño Edino Krieger se oyó una de sus obras, compuesta en el llamado "estilo de los doce tonos", que acaudilla Schoenberg. Y, por último, Cuba estuvo representada por el destacado instrumentista Orestes Urfe.

Esta magnífica y joven embajada artística hispanoamericana supo lanzar al aire prestigioso y expectante de Tanglewood las notas vigorosas de su acervo musical, tan rico, vario y atractivo, lo mismo técnica que melódicamente hablando. Acervo musical del que España se siente partícipe por sus huellas sembradas en el Nuevo Continente y por las aportaciones que ofreció y ofrecerá a los pentagramas hermanos de aquellas tierras entrañables. La importancia de la música hispana en el mundo, lo mismo en el pasado que en la hora presente, continuará ejerciendo su influjo estético en los países de habla castellana.

Ayer—un ayer muy próximo—fué Falla el que renovó admiraciones y creó discipulos y escuelas. Y hoy serán Turina, Rodrigo, Paláu, Halfter, Esplá y la joven generación de compositores los que continúen el camino de llevar al otro lado del Atlántico toda la enorme riqueza de nuestro folklore y sus inextinguibles posibilidades sinfónicas.

Nueva York, septiembre de 1948.

